



Vehículos atascados en la M-30 a la altura de la avenida de Portugal. / BERNARDO PÉREZ

Las obras de la M-30 causan un enorme atasco en la autovía de Extremadura

Las retenciones llegaron a Alcorcón y duraron hasta media mañana

F. J. BARROSO, Madrid

Las obras de la M-30 convirtieron la autovía de Extremadura (A-5) en una ratonera para miles de conductores que pretendían entrar en la capital por esta vía. El corte de los accesos desde esta carretera —que en el último tramo se convierte en

la avenida de Portugal— hacia la vía de circunvalación motivó que todo el tráfico tuviera que entrar por la cuesta de San Vicente y las calles limítrofes, tras cruzar la M-30 a través de un puente provisional de dos carriles. Los atascos duraron hasta media mañana y llegaron hasta Alcorcón.

Los problemas en la A-5 comenzaron a las siete de la mañana. Esta autovía es la primera en la que se producen los atascos con respecto al resto de carreteras radiales de entrada a la capital, según fuentes de la Dirección General de Tráfico (DGT). Y no se solucionaron hasta las 10.40, hora en que ya quedó normalizada la circulación, según fuentes de Tráfico. Sin embargo, las retenciones fueron la tónica general en la avenida de Portugal, incluso después de esa hora, dado que muchos conductores desconocían los cambios motivados por las obras de soterramiento de la M-30.

La DGT señaló que el tráfico lento y las retenciones llegaron hasta el kilómetro 14, en el desvío de la autovía de Extremadura hacia la M-40.

Los atascos se producen principalmente porque se han eliminado, temporalmente, las uniones de la A-5 con la M-30, tanto en su vertiente sur como en la norte. Esto hace que los conductores no puedan entrar en la capital por la avenida de Portugal, sino que tienen que desplazarse por el paralelo paseo de Extremadura si quieren dirigirse hacia el puente de Toledo y la A-4, lo que retrasa mucho la circulación. Y eso, si se dan cuenta de los cambios antes de subir por el puente que ha sido construido recientemente sobre el río Manzanares. En caso contrario, los automovilistas se ven obligados a subir hasta la glorieta de San Vicente y desplazarse por la calle de la Virgen del Puerto y desde allí regresar de nuevo al paseo de Extremadura para poder entrar en el sentido sur de la M-30.

Todas estas obras y desviaciones convierten a la zona en un auténtico laberinto, que se ve aun agravado por la falta de señalización precisa de los itinerarios alternativos o más rápidos, según se quejaron ayer numerosos conductores afectados. No era infrecuente ver ayer a los au-

tomovilistas consultar posibles alternativas a otros conductores. Bajaban las ventanillas y gritaban de un lado al otro ante la cara de desesperación de los conductores.

Las rutas alternativas para los automovilistas pasan por subir de nuevo hacia la glorieta de San Vicente y girar por el paseo de la Florida. Tras continuar toda la avenida de Valladolid se puede acceder a la M-30 desde el puente de los Franceses. Eso sí, tendrán que sufrir numerosos semáforos y una vía con sólo dos

carriles en las que la velocidad máxima es de 50 kilómetros por hora.

Otra variante es llegar hasta la glorieta de San Antonio de la Florida y girar hacia la plaza de San Pol de Mar y desde allí acceder a la M-30. Un tercer camino puede seguirse por debajo del túnel de la glorieta de San Vicente y coger el desvío del paseo del Rey. Desde allí, por el parque del Oeste se puede acceder bien al paseo del Pintor Rosales y los bulevares o bien hasta el puente de los Franceses.

Los conductores acceden ahora a la capital por un puente nuevo de dos carriles construido por la prolongación de la avenida de Portugal y muy cerca del puente de Segovia. El trayecto de salida es similar. “Como no tenemos bastantes lios de circulación, ahora tenemos que meterlos por el centro de la ciudad para poder ir a un lado o a otro. Es increíble lo poco que los encargados de las obras piensan en nosotros”, se quejó ayer un automovilista.

Accidente en la A-2

Los problemas también se registraron ayer por la mañana en la autovía de Barcelona (A-2), en sentido salida de la capital, a causa de un accidente en los carriles de salida a la altura del kilómetro 6,900, lo que se tradujo en tráfico lento en la calle de María de Molina y en la avenida de América entre las ocho y las nueve de la mañana, según fuentes del Área de Movilidad. Otro punto conflictivo fue el tramo que transcurre entre la avenida de la Ilustración y la plaza de las Reales Academias, según estas fuentes.

Los atascos también se vivieron, como es habitual los lunes, en la autovía M-40, sobre todo en los túneles de El Pardo y en el nudo *supersur*, en la intersección de la autovía de Andalucía y esta vía de circunvalación.

Un mes de problemas

La autovía A-5 no tendrá conexión con la M-30 desde la avenida de Portugal (el tramo final de la autovía) hasta dentro de un mes, según fuentes de la Concejalía de Urbanismo. Es el tiempo que necesitan los responsables de las obras para desviar todo el tráfico de la M-30 y pasarlo al otro lado del río.

Hasta ahora, los coches discurrían junto a la Casa de Campo en el recorrido original de la M-30. Sin embargo, las obras de soterramiento requieren que los vehículos circulen por el margen contrario del Manzanares. Para ello es necesario construir una nueva calzada y desviar la actual. Eso supondrá trabajos durante un mes aproximadamente. Será el tiempo en el que la A-5 quedará desunida con la M-30.

“Es un trabajo complejo que necesita construir una calzada nueva y demoler la que está funcionando en la actualidad”, señalaron fuentes de Urbanismo, que esperan que a finales de marzo ya esté concluido el cambio.

Carnaval en Madrid

FERNANDO DELGADO

El carnaval de Madrid es carnaval difícil. No porque los madrileños no estén dispuestos a disfrazarse y tomar la calle en nombre de don Carnal, sino porque doña Cuaresma la toma con frecuencia como suya y presenta sus imágenes de carnaval dantesco. No me refiero al hablar de doña Cuaresma a la vieja triste y penitente que seguía a don Carnal, tan necesitados el uno del otro en el contraste de la vida y el calendario, como nos contó Caro Baroja, sino a la vieja mohosa y bruja de aquelarre que es metáfora de la España de charanga y pandereta. O de la que es peor: la que los fantasmas que se paseaban el sábado por el baile del Círculo de Bellas Artes nos recordaban que revive.

No ha sido nunca el carnaval madrileño de mucho destaque. La nieve de la sierra en febrero no estimula la carne al aire, como en Cádiz o en Canarias, aunque en épocas más represivas, cuando no era Madrid la ciudad licenciosa y poseída por el pecado que el arzobispo Rouco ha descubierto ahora, el morbo de lo prohibido alentaba la concupiscencia en los carnavales interiores de los salones de baile. Pero lo peor de hacer del pecado un abuso y entregarse a todas las facilidades que para pecar ofrece Madrid es que el hábito pecaminoso termina siendo un choteo y deja de tener gracia. Y a eso han contribuido de manera muy especial los obispos, prodigando a España una fama de país del pecado fácil, que ni puede ser ajena a la capital del reino, si favorece su turismo, ni renunciar ésta a unas buenas *carnevolendas*. Si tal fama fuera provechosa para todos, no dudo de que algún mérito tratarían de atribuirse el alcalde y la presidenta, pero quizá en este caso sean generosos con Zapatero, a quien han homenajeado en el carnaval de Viareggio por el despendole español y lo han representado toreando obispos entre comparsas vestidos de faralae. Más pícaros en la expresión Gallardón y Aguirre que Zapatero, que un casto Luis Gonzaga parece al lado de ellos, no dudo de que en este caso y sin que siente precedente, le concedan el honor en exclusiva por mucho que su hazaña favorezca a la industria.

El propio Zapatero ha enviado a la Santa Sede a uno de sus beatos, disfrazado de embajador, con la esperanza de que los cardenales modifiquen el retrato de perverso que le han elaborado. Pero tampoco el carnaval de Madrid ha sido el de la risa de chirigotas y murgas; tal vez porque las ocasiones cotidianas para la carcajada no nos faltan y no es preciso esperar a la fiesta para configurar una caricatura de la realidad. Para enfrentarse a ella en su esperpento bastaría



JUSTO BARBOZA

con darse de bruces con alguna manifestación o abrirse paso entre las mesas petitorias, que abundan, pero un paseo por la Carrera de San Jerónimo permite elegir en el Congreso de los Diputados entre el humor y el drama. El drama y el humor están siempre cerca el uno del otro y se necesitan mutuamente. Nada nuevo. Lo nuevo es el humor zafío y la vulgaridad, características de moda en el humor patrio. La concejal correspondiente, que ha puesto buen gusto en esta fiesta de saltimbanquis, ha conseguido que el carnaval de la calle, en lucha con el frío y el agua, recobre la dignidad que la ciudad le requiere y escape de la estampa paleta que en otra hora ofrecían sus carrozas vetustas y esmirriadas. Pero es tanto lo que Madrid ofrece al aire libre, con sus manifestaciones, procesiones y desfiles, que a cualquier carnaval le resulta difícil competir con tales espectáculos.

Para muestra, un botón: el nuevo pancartero, José María Aznar, reía el sábado a mandíbula batiente en una concentración con víctimas del terrorismo. La calle ha ganado un converso para animarla. Y los movimientos cívicos, con más experiencia que él en lo que él llamaba antes algaradas, suelen poner color de cabalgata a sus manifestaciones y combinar sus risas con sus lágrimas. Mañana, miércoles, mientras unos enterrarán a la sardina como paganos, otros irán a la Iglesia para que les recuerden que son puro polvo; también Aznar. Unos días más tarde, primer viernes de marzo, harán cola para rezar a Jesús de Medinaceli, sagrado icono madrileñísimo. Le pedirán que España no se rompa, milagro garantizado, o que fracase Zapatero en un hipotético proceso de paz. Que es gracia que esperan alcanzar de nuestro padre Jesús. Amén.